

LA EXPEDICIÓN DEL CONDE DE ARGELEJOS, PRIMERA PRESENCIA NAVAL ESPAÑOLA EN EL GOLFO DE GUINEA (1778-1783)

José CERVERA PERY
General Auditor del Cuerpo Jurídico Militar

El marco histórico

África no interesó a Europa —y, en el sentir de muchas cancillerías europeas, España estaba al margen— hasta muy avanzado el siglo XIX. Antes sólo Portugal había llegado al ecuador africano, donde incluso llegó a crear un reino cristiano en el Congo, fijando los principios de una penetración soberana en Angola. Años más tarde —1472—, un navegante luso en plena ruta de las exploraciones africanas encuentra dentro de la bahía de Biafra una isla de sorprendente belleza a la que bautizará como «Fermosa» impresionado por su hermosura y exuberancia y que la historia cambiará después el nombre por el de su descubridor (Fernando Poo). Veinte años más tarde Pedro Escobar y João de Santarem descubren la isla de Annobón, para que esas dos islas, junto a las de Santo Tomé y Príncipe, integren el distrito portugués del golfo de Guinea a varios siglos de distancia de cualquier otra penetración europea.

Casi trescientos años dura esa hegemonía portuguesa en las islas africanas, mientras España sigue los rumbos colombinos, porque quizá como se ha escrito, ningún otro país como Castilla podía a principios del siglo XVI hacer frente a la enorme tarea de incorporar a su corona un mundo. Después —España y Portugal en guerra—, los piratas holandeses no perdieron la oportunidad de apoderarse de aquellas islas y desarrollar en ellas el lucrativo tráfico de esclavos, hasta que años más tarde vuelven al dominio lusitano (1).

El 6 de octubre de 1777, España y Portugal suscriben el tratado de San Ildefonso, en el que de forma reservada se incluía un anexo referente a África. Este tratado es ratificado y ampliado por el suscrito el 24 de marzo de 1778 entre Carlos III y María de Portugal, cuyo principal objeto era zanjar las cuestiones y litigios sobre límites existentes entre los dos países. Por dicho tratado —y con la colonia de Sacramento como moneda de cambio—, Portugal cede a la corona de España la isla de Annobón, en la costa de África, con todos los

(1) En 1642 los holandeses se apoderaron de la costa hasta Loango y de las islas de golfo de Guinea, creando un distrito cuya cabeza se hallaba en Corisco, donde la Compañía de Indias estableció su base para la trata de esclavos. Por el tratado de 1648 Portugal recibió nuevamente estos territorios.

derechos, posesión y acciones que tienen en la misma isla, para que desde luego pertenezca a los dominios españoles, del propio modo que hasta ahora ha pertenecido a la corona de Portugal. Igualmente cede SM. Fidelísima, en su propio nombre y en el de sus herederos, todo el derecho y acción que tienen o pueden tener a la isla de Fernando Poo en el golfo de Guinea, para que los vasallos de la corona de España se puedan establecer en ella y negociar en los puestos del río Gabón, de los Camarones, de Santo Domingo, de cabo Formoso y otros de aquel distrito. Toda una amplia zona costera del África ecuatorial comprendida entre cabo Formoso, hoy territorio de la República de Nigeria, hasta cabo López, hoy República de Gabón, lo que implicaba un pleno derecho de soberanía desde las caudalosas bocas del Níger hasta la espléndida desembocadura del Ogogue. Todo ello un siglo antes de que Inglaterra y Francia hicieran su aparición por aquellas latitudes.

Formalizadas las negociaciones, España se preparó para tomar posesión efectiva de aquellas desconocidas pero atrayentes islas del golfo de Guinea. Dicha misión fue encomendada a una expedición que tuvo la particularidad de ser preparada y organizada en el Río de la Plata y que, además debía partir de Montevideo, sede del apostadero naval de la Real Armada, con la evidente intención de resaltar la posición de Fernando Poo y Annobón dentro del vasto espacio oceánico asignado al apostadero y de estrechar la vinculación de dichas islas con el virreinato del Río de la Plata.

Tuvo al activo virrey del Río de la Plata, don Pedro de Cevallos, la responsabilidad de cumplir con las tareas de preparar y organizar la mencionada expedición, para lo que utilizó tropas y recursos que pertenecían a la que, bajo su mando, había arrebatado a los portugueses: Santa Catalina y Colonia de Sacramento en 1777, y que todavía se encontraba en el Río de la Plata, designando para el mando supremo de la expedición al brigadier de Infantería de los Reales Ejércitos don Felipe de los Santos, quien además se ocuparía de ejercer el cargo de gobernador y jefe militar de las islas de Fernando Poo y Annobón. El conde de Argelejos se encontraba en Montevideo luego de haber participado en las citadas campañas de Cevallos contra los portugueses. Como segundo jefe de la expedición se designó al teniente coronel de Artillería don Joaquín Primo de Rivera, que se encontraba prestando servicios en el Río de la Plata antes de la llegada de don Pedro de Cevallos. Los efectivos de tropa procedían de los regimientos veteranos de Infantería de Sevilla, Saboya, Galicia, Zamora, Córdoba, Toledo, Guadalajara y hasta del hijo de Buenos Aires. También se incorporó personal del Real Cuerpo de Artillería.

Pero la expedición tiene, por la índole de sus objetivos, un amplio componente naval, y a tal efecto la Real Armada envió desde España hasta Montevideo las fragatas *Santa Catalina* y *Nuestra Señora de la Soledad*. La primera había zarpado de Cádiz al mando del capitán de fragata don José Varela Ulloa, prestigioso oficial de la Real Armada y notable científico geógrafo y naturalista. Nacido en Villaredo (Galicia), había sentado plaza de guardiamarina en Cádiz en 1759, desempeñando en sus primeros

años actividades de corso contra los moros. Al ascender a alférez de navío fue designado tercer maestro de la Real Compañía de Guardias Marinas de Cádiz. Posteriormente, como teniente de navío embarcó en la fragata *Rosalía* para situar la isla de Trinidad. Siendo ya capitán de fragata realiza numerosos levantamientos hidrográficos y cartográficos en las costas africanas a bordo de un buque francés. Entre 1778 y 1779 se encuentra en el golfo de Guinea como jefe de la expedición que nos ocupa. En 1782 fue destinado a América del Sur como integrante de la comisión demarcadora de límites que había de cumplir lo establecido en el tratado de San Ildefonso, y durante el transcurso de esta importante tarea situó astronómicamente las ciudades de Buenos Aires y Montevideo. Falleció en La Habana el 23 de julio de 1794 (2).

Por su parte, la fragata *Nuestra Señora de la Soledad* zarpó de Ferrol teniendo como comandante al capitán de fragata don Ramón Topete, también de brillante trayectoria en la Real Armada, en la que alcanzó el grado de brigadier en 1802. Oriundo de Morón (Sevilla), se incorporó como guardiamarina en Cádiz en 1759. Luego prestó servicios en distintos navíos, efectuando transporte de tropas a Canarias y Baleares, y cruceros de protección en la recalada de buques procedentes del Nuevo Mundo. De alférez de navío cumplió varias campañas de corso en el Mediterráneo contra los berberiscos, siendo posteriormente ascendido a teniente de navío y capitán de fragata. Con dicho rango, se halló en el golfo de Guinea con la fragata de su mando. Estuvo presente en el bloqueo de Gibraltar, donde logró apresar cuatro embarcaciones enemigas. Participó como comandante de la fragata *Carmen* en el bombardeo de Argel. Ascendido a capitán de navío, y como comandante del navío *Magnánimo*, tomó parte en la guerra contra la Convención. Como jefe del arsenal de Ferrol defendió en 1800 la ciudad de los ataques ingleses. A fines de 1803 fue nombrado comandante general del arsenal de La Carraca, cargo que ejerció nuevamente seis años, siendo después jefe de escuadra. En 1810 defendió la isla gaditana de los ataques de las fuerzas napoleónicas del general Soult, y entre 1813 y 1822 —año de su fallecimiento— fue inspector y comandante general de los Regimientos de Infantería Real de Marina (3).

Una vez llegadas las fragatas *Santa Catalina* y *Nuestra Señora de la Soledad* a Montevideo, se les incorporó el paquebote de la Real Armada *Nuestro Señor Santiago*, al mando del teniente de navío don José de Grandallana. Con estos tres buques quedó constituida la escuadrilla expedicionaria bajo el mando del capitán de fragata Varela Ulloa, izando el conde de Argelejos su insignia en la *Santa Catalina*.

(2) En la memoria del virrey Vertiz se encuentran amplias referencias a la labor de tan ilustrado marino, tanto en su aspecto científico como político. Archivo General de la Nación (Buenos Aires), división Colonia, sección Gobierno, Islas Fernando Poo y otras.

(3) La estirpe de los Topete es una de las de más acusada raigambre marinera en el siglo XIX. Hijos de don Ramón serán también los famosos marinos don Ramón, don Ángel y don Juan Bautista.

La expedición al golfo de Guinea

Terminados todos los aprestos correspondientes, la expedición del conde de Argelejos partió hacia el golfo de Guinea, desde Montevideo, el 17 de abril de 1778 y llegó a su destino a fines de junio de dicho año. La travesía no fue fácil pues, durante ella murió el ministro de la Real Hacienda y contador de la expedición, don Vicente de Recarte. Mientras se aguardaba la llegada del comisario portugués que debía realizar la entrega formal de las islas, los tres buques españoles permanecieron fondeados en Santo Tomé y Príncipe. La espera no resultó cómoda ni agradable, ya que de inmediato surgieron roces con las autoridades lusitanas respecto a la demora de la entrega de las islas a los españoles, y hubo también fricciones entre la población de la isla Príncipe y las tropas españolas, lo que produjo no pocas quejas de su gobernador. Por fin, el 14 de octubre de 1778 llegó al golfo de Guinea el comisario portugués, capitán de Mar y Tierra don Luis de Castro, y el 24 quedó definitivamente concertada la transferencia de las islas de Fernando Poo y Annobón a España.

Pero las dificultades seguirían haciéndose presentes. El 14 de diciembre de 1778, estando embarcado en la fragata *Santa Catalina*, falleció de «enfermedad natural» el conde de Argelejos, que fue sustituido en el mando de la expedición y en el gobierno militar de las islas por el teniente coronel de Artillería don Joaquín Primo de Rivera.

La ocupación de Fernando Poo y Annobón fue una tarea sumamente dura y sacrificada, que exigió enormes esfuerzos a los sufridos expedicionarios. Inconvenientes que fueron evidentes desde el primer momento y en el instante mismo de efectuarse la cesión de las islas, y así lo comenta en su memoria el virrey del Río de la Plata don Juan José de Vertiz:

«Saltaron a tierra los comisarios, intentado el portugués persuadir al jefe de los negros y demás habitantes de Annobón a que reconociesen y rindiesen vasallaje al rey católico, jurándolo por su legítimo soberano respecto a la cesión que de ellas había hecho SMF. No cabe en la expresión que causó al capitán Mor y Sacristán principales caudillos de la isla y a su imitación todos los negros y chusma esta proposición cuando aseguraban ignorar existiesen semejantes soberanos en el mundo, y no alcanzaban la razón que pudiesen alegar los portugueses para ceder aquellas islas a las que no tenían derecho de propiedad ni el de posesión, y así negando su obediencia y amenazando proceder hostilmente si continuaban en su pretensión se retiraron a aquellos espesos montes» (4).

No obstante quedar advertidos de la hostilidad de los aborígenes de aquellas prácticamente desconocidas islas, los expedicionarios españoles procedie-

(4) VERTIZ Y SALCEDO, Juan José de: *Memoria a su sucesor marqués de Loreto*. Editorial Bajel, Buenos Aires, 1945.

ron a dar inicio a la ocupación de Fernando Poo, en tanto que los portugueses colaborarían con aquellos haciendo lo mismo en Annobón. Y así, para afirmar su presencia, fundaron el poblado de la «Pura y limpia Concepción» e inmediatamente comenzaron a construir casas, un hospital y una fortaleza. Carpinteros, albañiles, herrero aserrador y peones se volcaban en un denodado esfuerzo constructor, protegidos por soldados de Infantería y de Artillería, si bien en escaso número.

En cuanto a la defensa naval de Fernando Poo —donde se hallaban realmente los españoles— y Annobón, estuvo representada por los tres buques que integraron la escuadrilla expedicionaria. La fragata *Santa Catalina* se encontraba allí en noviembre de 1778, mientras que la *Nuestra Señora de la Soledad* todavía se hallaba en aguas del golfo de Guinea en septiembre de 1779. Finalmente, el tercer buque expedicionario, el paquebote de la Real Armada *Nuestro Señor Santiago*, del teniente de navío Grandallana, permaneció en el golfo de Guinea cuando ambas fragatas emprendieron viaje de regreso a la metrópoli, y siguió prestando servicios en aquella región hasta que el establecimiento de la «Pura y limpia Concepción de Fernando Poo» fue abandonado por los españoles.

El carácter eminentemente insular de Fernando Poo exigía que las comunicaciones con el exterior y que todo tipo de abastecimientos se efectuaran necesariamente por vía marítima, por lo que se eligieron como bases generales para Fernando Poo el puerto de Cádiz, las islas Canarias y la isla portuguesa de Santo Tomé. Así se expresaba al respecto el virrey Vertiz:

«... que lo respectivo a víveres y otros auxilios, precaviendo los inconvenientes de la guerra que subsistía contra Inglaterra, se daban las correspondientes órdenes a las islas de Canarias para que de allí se surtiesen aquellos establecimientos de lo que necesitasen para su conservación y fomento».

La situación de conflicto con Gran Bretaña, a la que alude el virrey, estaba motivada por la intervención de España y Francia en la guerra de independencia norteamericana (1776-1783), en apoyo a los rebeldes de las Trece Colonias, y que, trascendida del escenario meramente norteamericano, ponían en evidente peligro la ruta marítima Cádiz, Canarias, Santo Tomé y Fernando Poo.

A pesar de los apoyos logísticos recibidos de distintos transportes, los expedicionarios del teniente coronel Primo de Rivera debieron afrontar graves adversidades, complicaciones y penurias durante su permanencia en el golfo de Guinea, tales como enfermedades, numerosas muertes y la relativamente rápida disminución de las comunicaciones marítimas con el exterior, problemas de abastecimiento y enfrentamientos con las tribus negras nativas, todo ello agravado con la sublevación del sargento Jerónimo Martín, que desposeyó del mando a Primo de Rivera, el cual fue arrestado y encarcelado por los amotinados. Los auxilios del navío *Santiago*, que arribó desde Tenerife convoyado por la polacra *Santa Engracia*, al mando del capitán de navío Juan Nempuceno Morales, tampoco fueron suficientes para alcanzar el fin

propuesto, y Martín quedó durante un mes al mando del establecimiento de Fernando Poo. Las razones expuestas por el sargento amotinado para justificar su rebeldía eran la insostenible situación que se vivía en la isla, la deficiente alimentación, el mal estado de los víveres, la inadecuada atención a los enfermos y graves acusaciones contra Primo de Rivera, tales como no preocuparse por la salud y estado de sus subordinados, los malos tratos infligidos a éstos y, sobre todo, el deseo de abandonar Fernando Poo.

El fin de una expedición digna de mejor suerte

Neutralizado Primo de Rivera y sus mandos inmediatos, el sargento Martín ordenó a los expedicionarios, en los últimos días de octubre de 1780, embarcaran en el *Santiago* para abandonar el poblado de la «Pura y limpia Concepción» en Fernando Poo. El virrey Vertiz comenta duramente este hecho:

«Finalmente la isla se abandonó con toda la artillería, útiles y obras construidas en aquel establecimiento, las que por posteriores noticias se sabe fueron arruinadas y entregadas al fuego por aquellos naturales que nunca quisieron tratar con los nuestros conservándose retirados y escondidos en los bosques y malezas de que está circundada la isla, siendo impenetrable a hombres y animales desde la misma orilla del agua».

El contingente expedicionario, ahora bajo las órdenes del sargento Martín, alcanzó Santo Tomé el 17 de noviembre de 1780; pero, una vez desembarcado en aquella isla portuguesa y liberado de su encierro, el teniente coronel Primo de Rivera puso inmediatamente en conocimiento de las autoridades lusitanas de la isla y de los oficiales españoles que allí se encontraban (entre ellos, el teniente de navío Grandallana, oficial de mayor antigüedad que había quedado de la expedición) lo sucedido en Fernando Poo y los detalles del acto subversivo que allí tuvo lugar, por lo que Grandallana dispuso encarcelar al sargento Martín y principales cómplices. Los correspondientes sumarios y declaraciones, que se sustancian de los primeros meses de 1781, fueron enviados a España a bordo de la zumaca *Nuestra Señora de la Concepción*, circunstancialmente presente en esos momentos en Santo Tomé y cuyo mando se encomendó precisamente al teniente de navío Grandallana, que murió en el viaje.

Durante su permanencia en Santo Tomé, y una vez restablecida en algo la situación, Primo de Rivera planeó y buscó regresar a Fernando Poo; pero la poca disposición del gobernador portugués a continuar auxiliando a los expedicionarios, y la indudable disconformidad de estos últimos en repetir una empresa tan arriesgada y peligrosa, lo hicieron desistir de sus propósitos, por lo que Primo de Rivera y sus hombres permanecieron en Santo Tomé hasta fines de 1781.

Cuando los expedicionarios abandonaron Santo Tomé, lo hicieron a bordo de la fragata portuguesa *Nuestra Señora del Carmen*, comprada a tales efec-

tos, y del bergantín *Santiago*, del comercio de Canarias. La ruta elegida no fue hacia España, sino que pusieron proa hacia la bahía de Todos los Santos en Brasil, decisión tomada dada la mayor cercanía entre el golfo de Guinea y la costa brasileña, con la intención de no arriesgarse emprendiendo navegaciones más largas por temor a toparse con buques británicos y la precaución de no penetrar en aguas metropolitanas, ya que en ellas se estaban produciendo intensas acciones navales entre británicos y españoles —sitio de Gibraltar— y la previsión de fondear y reponer fuerzas de un puerto relativamente neutral como el brasileño.

Por la correspondencia dirigida desde Salvador de Bahía, por el teniente coronel Primo de Rivera al virrey del Río de la Plata Juan José Vertiz, se sabe que los expedicionarios permanecieron en Bahía de todos los Santos por lo menos entre febrero de 1782 y enero del año siguiente. Dicha correspondencia es sumamente rica por los datos e informes que muestran las alternativas sufridas durante su estancia brasileña. El escrito de Primo de Rivera encerraba todo el dramatismo de la empresa.

«... el mísero estado de toda la gente por el mal clima, quebranto con el que vienen las embarcaciones... más muchedumbre de accidentes mancomunados, así como por el estrago que ocasionó la intemperie del seno de Guinea contra la salud de los individuos de la expedición de mi cargo, me han puesto en la dura precisión, (después de haber apurado cuantos medios y recursos dicta la prudencia) de salir de aquel golfo, sin gente, sin dinero y desesperanzado de nuevos refuerzos con dirección a esas provincias para repararme y esperar órdenes de la Corte. Un caso que ha impedido emprender la navegación a ellas, ha obligado nuevamente a arribar a esa bahía de Todos los Santos en la que se hace precisa alguna demora, para la reparación de las dos fragatas que nos conducen; y no teniendo fondos con que subvenir a los gastos que se originen, he solicitado se me franqueasen caudales de la Tesorería Real y aviéndoseme (*sic*) negado con pretexto de no haberse practicado jamás semejantes suplementos con las naciones extranjeras, me ha quedado el sólo arbitrio de mendigar el favor de un comerciante con el tanto por ciento de premio que éste quisiese. Sólo la necesidad pudo conducirme a un exilio tan irregular como despreciable y, así, procuraré atender no más a las urgencias previstas e indispensables.»

La pesadilla parecía terminar en febrero de 1783, cuando fondeaban en Montevideo la fragata *Nuestra Señora del Carmen* y el bergantín *Santiago*, trayendo a bordo los maltrechos restos de la expedición. En Montevideo quedaron los pocos supervivientes esperando órdenes e instrucciones, mientras que el teniente coronel Primo de Rivera emprendía el regreso a España para poner en conocimiento de las autoridades metropolitanas todas las noticias y alternativas de aquella dramática empresa. El sargento Jerónimo Martín, promotor del motín, quedó preso en Montevideo, siendo luego destinado a trabajar en obras públicas de la ciudad y más tarde indultado. Y es de

destacar que, pese al fracaso de la expedición, no se descartaron los proyectos de retornar nuevamente al golfo de Guinea y ocupar Fernando Poo y Annobón tomando otra vez a Montevideo como centro de operaciones. El virrey Vertiz hace referencia a ello en su Memoria.

«... para que cuando llegue el caso de mejorar de suerte haya de volverse a emprender el establecimiento en la isla de Fernando Poo conforme a las reales intenciones de S.M.»

Pero habrían de pasar bastantes años, y producirse muchas circunstancias de diferente signo, para que volviese a emprenderse un nuevo intento de asentamiento español en unas islas de su pertenencia tras lo acordado en el Tratado de San Ildefonso.

Aquellos marinos adelantados

La expedición al golfo de Guinea tuvo un acusado perfil marítimo y naval. Estratégicamente aquellas islas eran útiles para España porque permitían el asentamiento hispano en el sector oriental del Atlántico Sur, lo que agregado al dilatado litoral del Virreinato del Río de la Plata, en el sector opuesto, contempla la presencia española en aquel extenso espacio oceánico. Además con la posesión de ambas islas, quedaba construido el triángulo defensivo español por el Atlántico Sur: Montevideo —Puerto Soledad— golfo de Guinea, cuyo núcleo y centro operativo principal sería el real apostadero naval de Montevideo, lo que posibilitaba ampliar la jurisdicción del Río de la Plata hasta una amplia zona del África ecuatorial, tierra idónea para fomentar la colonización, la explotación económica y el intercambio comercial.

Todo ello comporta una exigencia de reconocimiento a la abnegada labor de aquellos hombres del botón de ancla, adelantados en el golfo de Guinea, y que de modo tan evidente honraron sus hojas de servicio. Destaquemos, sobre todo, a Varela Ulloa, al que se le debe, a través de una interesantísima comunicación dirigida al ministro Gálvez, el conocimiento del relato exacto y minucioso de todo lo sucedido en Guinea a partir del 27 de septiembre de 1778 (5). En este documento explica la anomalía del retraso de la llegada de la fragata portuguesa *Nuestra Señora de Gracia*. También describe de forma concisa y objetiva la toma de posesión de la isla de Fernando Poo. En este solemne acto firmaron el acta como testigos junto a Varela los marinos españoles teniente de fragata Baltasar Mexía de la Cerda y José Esquerria Eguirior, y el alférez de navío Luis de Agreda. El teniente de fragata Esquerria fue el primer oficial español que desembarcó en Santo Tomé para cumplimentar al gobernador en nombre del conde de Argelejos y hacerle saber la paz firmada entre Portugal y España, cosa que aquél ignoraba, acreditándolo con unos pliegos de la Reina fidelísima.

(5) Archivo General de Indias, Audiencia de Buenos Aires, legs. 41 y 44.

No quedó mucho tiempo Varela Ulloa después del fallecimiento de Argelejos, ya que el siguiente año fue llamado a informar; pero su tiempo estuvo bien aprovechado, pues redacta el libro *Descripción de la isla de Fernando Poo*, pionero en su género, levanta las primeras cartas marítimas de la misma, bautiza los picos de Santa Catalina y Soledad y da el nombre de Punta Argelejos a unos de los salientes del este de la isla de Fernando Poo. También hizo una amplia reseña de Annobón, especificando científicamente cuanto vió en ella, teniendo tiempo aun de situar geográficamente las islas de Santo Tomé y Príncipe. Numerosísima documentación enriquece los legajos del Archivo General de Simancas, del de Indias en Sevilla, y del de Marina en El Viso del Marqués.

Junto al nombre del precursor Varela Ulloa, son de destacar los de otros dos adelantados de la aportación marinera en Guinea, Guillermo Carbonell y José de Grandallana. El teniente de fragata Carbonell, comandante de la zumaca *Nuestra Señora de la Concepción*, practica en 1779 el primer reconocimiento minucioso de la isla de Fernando Poo, con la misión de que en razón de ese reconocimiento proponga el paraje más a propósito para establecer en ella el primer destacamento español. Carbonell cumplió satisfactoriamente su cometido, recalando en los parajes más difíciles; puso nombre a la bahía de la Concepción y a las ensenadas del Canal, la Luz y los Pájaros; reconoció cuidadosamente la bahía de San Carlos y, terminada su misión, regresó a Santo Tomé para dar cuenta del resultado de la misma al comandante del paquebote *Santiago*, en aquellos momentos la más significada autoridad naval expedicionaria, quien a su vez, con todo rigor y diligencia, entregó su informe a Primo de Rivera.

Y es precisamente el teniente de navío Grandallana, comandante del citado paquebote y uno de los primeros muertos de la Armada en Fernando Poo, quien informa de la conveniencia de establecer un primer emplazamiento español en la ensenada de la Concepción con acertados razonamientos; y en ese asentamiento en agraz culminará este primer ensayo de la presencia española en Guinea, en que, a pesar de lo infructuoso e ineficaz de sus resultados y consecuencias, la Marina aporta lo mejor y más sano del mismo, evidenciando una capacidad de sacrificio y disciplina que anticipa de los días que aún le quedan por vivir.

Mucho antes de que ningún misionero, finquero, comerciante o colonizador asentasen su huella en Fernando Poo, ya habían ofrecido el tributo de sus vidas al servicio de España los primeros marinos de la Real Armada, quienes antes que nadie avistaron Guinea, entre ellos los citados Grandallana y Carbonell, junto al médico cirujano Sebastián de Montes, primer adelantado de la medicina tropical. Con ellos, 37 humildes marineros, de los que dieciocho yacen enterrados en Concepción, quince en Santo Tomé y siete en la inmensidad oceánica. Ninguno de ellos acudió con ansias de riqueza ni a lograr o acaparar hectáreas. Ninguno tuvo nunca la mente enfebrecida por el cacao, el café o la madera. Aquella gente que, enferma y abandonada, se consumía en un lugar del este de la isla, sin esperanza de relevo, sin privilegios, ayudas ni

JOSÉ CERVERA PERY

subvenciones, sólo alentaba una razón de vida, un ideal señero, mentor de la presencia hispana con intangible voluntad de permanencia, a despecho del propio olvido, el abandono, la incompreensión o la desesperanza (6).

Bibliografía

- CERVERA PERY, José: *La Marina española en Guinea Ecuatorial*, Madrid, 1968.
FURLAN, Luis Fernando: *Notas sobre la expedición del conde de Argelejos y la presencia española en el golfo de Guinea (1778-1783)*, Buenos Aires, 1995.
MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *El apostadero de Montevideo, 1776-1814*, Instituto Histórico de la Marina, Madrid, 1968.
Archivo General de Indias (Sevilla), de la Nación Argentina (Buenos Aires), General de Marina (El Viso del Marqués).

(6) CERVERA PERY, José: *La Marina española en Guinea Ecuatorial: Sentido y grandeza de una aportación histórica*, Santa Isabel-Madrid, 1968.